

A propósito de la exclusión del Ateneo Obrero

■ Repaso a la historia de dos entidades culturales gijonesas tras la deslealtad del Ateneo Jovellanos



Boni Ortiz
Directivo del Ateneo
Obrero de Xixón

La rutinaria vida sociocultural de Xixón se ha visto animada estos días por la torpeza y la parcialidad. Me refiero a la falta de lealtad del Ateneo Jovellanos y a la actitud sectaria y excluyente del Gobierno municipal de Xixón. Ambas cosas constituyen una ruptura de la convivencia cultural democrática y la apertura de un nuevo periodo. Y me explico: la anterior alcaldesa, la señora Paz F. Felgueroso, habida cuenta de que el actual Colegio Cabrales quedaba libre, consultó con Luis Pascual (presidente del Ateneo Obrero) la posibilidad de compartir con el Ateneo Jovellanos el edificio del Cabrales, propiedad de la Fundación Miranda, que obliga a su uso para «el Ateneo y la formación de la clase obrera». La propuesta fue tratada por nuestra junta directiva, que, tras dar el visto bueno, siguió de cerca el desarrollo de una idea que iba avanzando, hasta el punto de empezar a diseñar la reforma del inmueble, con el acuerdo de las cuatro partes. Pues, bien, aquel acuerdo inclusivo y democrático, la señora alcaldesa Carmen Moriñón hoy se lo pasa por el «Foro», excluyendo al Ateneo Obrero por sectarismo político. Única razón por la que se nos recortó la subvención del 2011 y misma por la que llevamos casi un año intentando vernos con el concejal de Cultura, empeñado en excluir a nuestro presidente, Luis Pascual, de la entrevista.

Debo recordar que el Ateneo Obrero (medallas de oro del Ayuntamiento de Xixón y plata del Principado de Asturias) se fundó en 1881 y funcionó hasta la entrada

del Ejército franquista, en 1937. A lo largo de esos años la identificación del Ateneo Obrero con la ciudad de Xixón fue absoluta, no sólo por el número de socios (en 1931 tenía cerca de 2.500 socios), sino sobre todo por el concepto de «Universidad Popular» potenciada en los años 20 por Fernando G. Vela, entre otros, que sentaron las bases de este Xixón al que nos referimos con frecuencia como participante y asociativo. Su gran patrimonio conseguido con trabajo e iniciativas a lo largo de 56 años se concretaba en un edificio de tres plantas, amuebladas convenientemente, una magnífica pinacoteca y una biblioteca con más de 15.000 volúmenes. En 1937 y con su sede afectada por la remodelación del muro de San Lorenzo, estaba previsto su traslado al palacio que hoy ocupa el Colegio Santo Ángel. A la entrada del Ejército de Franco, la sede fue saqueada e incendiada, y todo aquel patrimonio se esfumó. Me gustaría saber de qué paredes cuelgan los cuadros de Solana, E. Valle, Piñole, L. Pardo, A. Suárez, P. Vicente, G. Horacio, M. Moré, D. Regoyos, etcétera, y a qué casas fueron a parar sus magníficos muebles «art déco»... Los miles de libros que se libraron del fuego purificador falangista sabemos que están a disposición de todas las personas en la Biblioteca Municipal Jovellanos.

Sin embargo, algunos de los socios y directivos del Ateneo Obrero no corrieron la misma suerte. Algunos fueron fusilados, como Rufino García González: rector de «Avance», además de secretario del Ateneo Obrero de Xixón y presidente de la Federación Asturiana de Ateneos y Sociedades Culturales. Otros fueron condenados a reclusión perpetua, como Argimiro Soberón Migoyo, fundador del Grupo Naturista del Ateneo Obrero, o a largas penas de

prisión, como Caprasio Muñiz Valdés, maestro nacional de ATEA; José Ramón Argüelles, agente comercial del PSOE y la UGT; Maximino Riera Rodríguez, electricista del PC; Emilio Robles, «Pachín de Melás», maestro de taller y escritor, muerto de tuberculosis en la cárcel en 1938, o el propio José M.ª Gutiérrez Barreal, médico y presidente del Ateneo Obrero durante toda la dictadura de Primo de Rivera, cuya causa fue «sobreseda»; Constantino Suárez, fotógrafo dos veces encarcelado y al que se negó el permiso de fotógrafo ambulante porque «hace diez años pertenecía al Ateneo Obrero de Gijón»; criterio frecuente y suficiente para ser represaliado por las autoridades franquistas.

Pues, bien, justo un siglo después de su fundación, una comisión gestora encabezada por Luis Fernández Reguero y Daniel Palacio Fernández inicia el proceso de refundación que nos lleva a esta segunda época del Ateneo Obrero, en la que estamos.

Se ha dicho recientemente «con orgullo» que el Ateneo Jovellanos fue «durante muchos años el único centro cultural de Gijón». Lo mismo que la Central Nacional Sindicalista, que era el único sindicato, o el Movimiento Nacional, el único partido: los demás estaban prohibidos, con sus promotores fusilados o encarcelados... Resulta tan clarificador como penoso que haya personas que sientan «orgullo» de semejante asunto.

Los primeros pasos para la constitución del Ateneo Jovellanos estuvieron llenos de sospechas y reticencias por parte de los poderes fácticos del franquismo. Sólo fue posible su constitución, una vez establecido el apoyo de Torcuato F. Miranda, hombre del régimen cuya inteligencia le hizo entender los «nuevos tiempos» que se avecinaban, lejos de la autarquía y el aisla-

miento. Entre sus promotores se encontraban conocidos falangistas como Roberto Paraja, algunos muy vinculados a la represión tras la Guerra Civil, como el juez Fernando G. Pondal; o González Cobbo, que participó en la «incautación» del Ateneo Obrero; Julián Gómez Elisburu, que fue jefe local de Falange y el inspector de Enseñanza que aconsejara el cierre en 1961 de la Academia del Sótano de «Cura Sama», proyecto educativo «igualitario» también excluido del Ateneo Jovellanos. Sus locales de la calle Begoña fueron construidos y pagados, con cuatro millones de pesetas, por la Universidad de Uviéu a lo largo de los veinte años que duró la obra: de 1953 a 1974. El Ateneo Jovellanos después siguió de «okupa» en la cátedra de Extensión Universitaria hasta nuestros días, y así pretende seguir. Su biblioteca, que en los últimos sesenta era atendida maravillosamente por Susana Estrada, creció a golpe de subvención y tenía cerca de 5.000 volúmenes. Como puede verse, el «patrimonio» del Ateneo Jovellanos siempre está pagado por otros.

Efectivamente, a ese «único centro cultural» hasta los últimos sesenta fuimos acudiendo los y las jóvenes de entonces, captados por algunos colaboradores de talante abierto como Paco Ignacio Taibo, Carlos de las Heras o Carmina Manjón, topándonos, inevitablemente, con el paredón de su censura y la exclusión. Ya sucediera con los por mí llamados «pioneros del Ateneo Jovellanos», que pusieron en marcha un cine fórum, un jazz fórum o «La Máscara». Cuatro años después algunos de sus componentes tuvieron que irse para formar «Gesto Teatro de Cámara». Como ya dije, se fueron otros a la calle Cura Sama; se fueron más, tras el chanchullo de los votos «delegados» en las elec-

ciones de 1966; se fueron también los que ponían en pie la revista leída «Nosotros». Y tuvo que irse definitivamente «La Máscara», tras el «Espectáculo Antígona-70», que triunfó en todo el Estado español, pero que resultó intragable para Lorenzo Sarmiento y la directiva del Ateneo Jovellanos, que decidieron cambiar la cerradura de los locales de ensayo, excluyéndonos de facto.

Pero sucedía que desde 1967 se estaban imponiendo a la dictadura de Franco diversos espacios de libertad. Se trataba de sociedades culturales (Gesto; las culturales de El Natahoyo, Gijonesa y Pumarín; el club Junior y Les Madresnes, más tarde, El Texu) potenciadas por las personas excluidas del Ateneo Jovellanos, a las que se incorporaban quienes iban comprendiendo la verdadera catadura del franquismo, de cuyo entramado formaba parte el Ateneo Jovellanos, y en el que jamás hubo otra actividad clandestina que no fuera la realizada por la Brigada Política Social, sacando fotografías desde el edificio de enfrente, como pudimos comprobar los que gozamos de las atenciones de la «única policía política» de Franco.

En este asunto, también, resulta muy conveniente saber quién es quién. Por ello, a los que formamos parte del Ateneo Obrero nos interesa especialmente la historia local y asturiana, para mantener viva y clara la memoria colectiva. Ese es nuestro gran pecado, y de él la penitencia.

Creo que se abre un nuevo periodo en el que el Ateneo Obrero, como patrimonio cultural de los ciudadanos y ciudadanas de Xixón, debería propiciar un frente cultural crítico, unitario y democrático, basado en la ética republicana. Vienen tiempos duros y el «huevo de la serpiente» jamás deja de incubarse.